

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Vísperas del informe ■ El capítulo económico

Entre brumas y claros, en el tornasol propio del hacer humano, que avanza y retrocede, se detiene y se desvía, el gobierno salinista llega mañana a su mes número 23, día en que el Presidente presentará ante el Congreso de la Unión su segundo informe. Es probable que no se asemeje formalmente al primero, que fue ampliamente doctrinario, y aunque no carezca del mensaje político que fue habitual en este género de documentos, sea más bien un resumen de la muy intensa actividad desarrollada por el laboriosísimo titular del Poder Ejecutivo.

Será de gran interés el modo en que aborde los resultados de la política económica, que se condensó en la lucha mediante pactos sociales contra la inflación; el propósito de volver a crecer; y la desincorporación de empresas públicas, con ánimo recaudatorio, para inspirar confianza y asentar para largo tiempo un modo particular de entender el país, la historia y la economía.

Sin duda imperará en el documento la visión del vaso medio lleno, por lo que es válido presentar, por simple contraste, la del vaso medio vacío. Eso resulta especialmente importante en tratándose de la muy sensible zona de la supervivencia material, que la mayor parte de los mexicanos consigue a duras penas. La inflación ha vencido, una vez más, a los alegres propósitos gubernamentales. Ese hecho desnudo, escueto, irrefutable, es la calificación a la política económica, que no vaciló en ningún momento en sacrificar el ingreso de los asalariados —y en arrojar al régimen del no salario a millones de mexicanos— en aras del combate a la inflación. Se apergolló a una muchedumbre de ciudadanos pero no a la inflación.

Esta, según dijo la semana pasada Ernesto Zedillo, secretario de Programación y Presupuesto, en una especie de preinforme ante oyentes latinoamericanos, debe quedar reducida al nivel "de nuestros principales socios comerciales". Dejemos aparte la presuntuosa manera de referirse a clientes y proveedores —es como si usted dice que su socio comercial es Aurrerá porque usted hace su mercado allí o lo provee de jergas para la limpieza doméstica—, y veamos que esos países tienen, todos, inflación por debajo de diez por ciento, es decir, de un dígito. Aquí la habrá cerca del treinta por ciento, el doble de la programada, salvo que no sea una mentira la afirmación del secretario de Hacienda, Pedro Aspe Armella, quien en un artículo en la revista *Examen*, editada por el PRI, asegura que "la inflación se ha reducido en unos cuantos meses de tasas del orden de 170 por ciento anual a tasas menores a 20 por ciento".

Habló también Zedillo a su auditorio latinoamericano de las bondades del comercio exterior, tras recordar que una de las metas del Plan Nacional de Desarrollo es "orientar la planta productiva moderna hacia los mercados mundiales". Todo eso es tan frágil que la crisis del Golfo Pérsico ha puesto, en tres meses, en grave predicamento la evolución de esos mercados, con lo que quizá los exportadores mexicanos se quedarán colgados de la brocha, víctimas de una recesión a la que nos ataremos si prospera el otro gran sueño de los rectores de la economía: el acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá. El tercer miembro de la *troika* económica, Jaime Serra, secretario de Comercio, hace las cuentas de la lechera: ese mercado común sería el más grande del mundo, un tercio más grande que la Comunidad Económica Europea después de 1992. Poco importa que, tras esa cifra impresionista, se descubra cuál sería la participación mexicana en dicho mercado, y cuáles los efectos en su economía.